

A riesgo de parecer que me acerco demasiado a Dunne, propongo que estos tres tiempos se denominen: tiempo Uno, tiempo Dos y tiempo Tres. El seguir a ciertos teóricos y llamar «eternidad» al tiempo Dos, término rico en asociaciones, no haría sino desorientar y confundir a muchos lectores. Por otra parte, aunque no sería difícil inventar un nombre para el tiempo Tres—como el de «Hyparxis», del señor Bennett—, a algunos nos repelen fácilmente los términos no familiares. Así, pues, contentémonos con los tiempos Uno, Dos y Tres, recordando que vivimos en los tres al mismo tiempo, aunque puede que no gocemos, por así decir, de iguales porciones de ellos.

Como criaturas visibles de la tierra, estamos gobernados por el tiempo Uno. Hemos nacido en él, hemos crecido y envejecido en él, y morimos en él. Nuestros cerebros se han desarrollado a través de eones, hasta convertirse en maravillosos instrumentos de atención del tiempo Uno. No solo traen a nuestra noticia casi todo cuanto consideramos que deberíamos conocer, sino que son capaces de excluir cuanto pudiera ser desconcertante y no provechoso. Cuando las drogas se interfieren en su química, algunos de sus procesos inhibitorios no funcionan, y entonces podríamos ver una silla como podría verla un Van Gogh, no como podrían verla un vendedor y un comprador de muebles. (El cambio de Tiempo en las experiencias con drogas está bien atestiguado. Liberan a la consciencia de su secular concentración en el tiempo Uno.)

Nuestra relación, a través del cerebro, con el tiempo Uno tiende a lo práctico y económico, a lo que es bueno para nuestros asuntos materiales, lo cual contribuye a explicar por qué somos ahora grandes gentes del tiempo Uno y, en general, procuramos no creer en nada más. Si esta creencia limitada fuera impuesta a las gentes como un dogma, como podría ocurrir fácilmente en sociedades totalitarias o severamente conformistas, no es mera fantasía sugerir que los hombres podrían convertirse en autómatas, gobernados por mejores máquinas que ellos mismos.

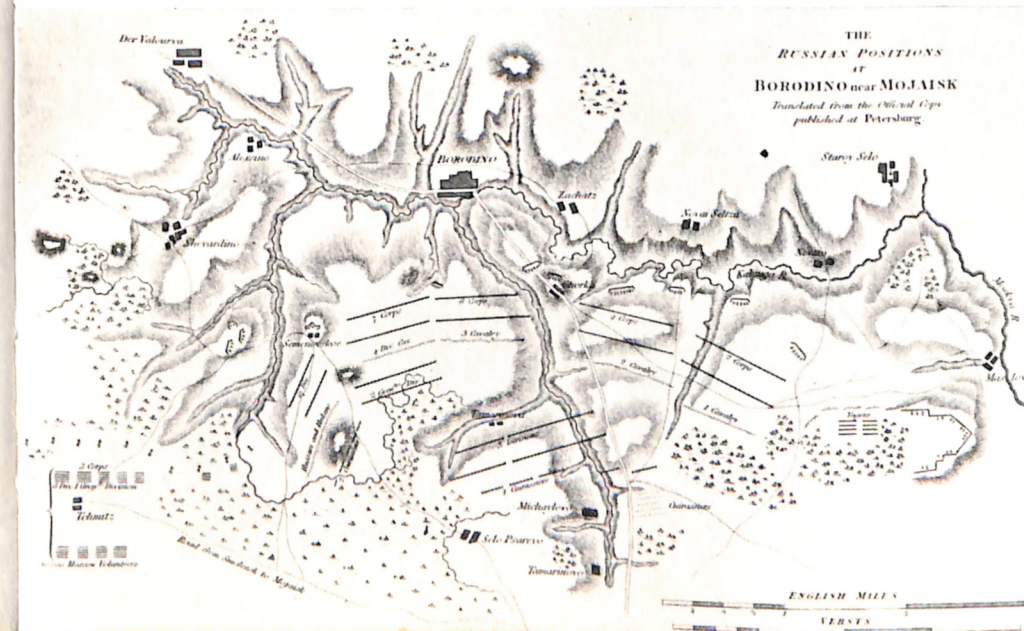
Sin embargo, hay síntomas de una reacción contra este dogma del tiempo Uno. He tropezado con muchos de esos síntomas desde que empecé a escribir este libro. No todas las formas que adopta dicha reacción son aceptables. Una

de las que son aceptables, relacionada con todos los fenómenos de percepción extrasensoriales, ESP en funciones y que solo un agudo fanatismo puede negar ahora, me parece fuera de los límites de esta indagación. No obstante, como ya hemos visto, aunque ignoremos toda suerte de ejemplos de precognición y experiencias *déjà vu*, hay abundantes sueños precognoscitivos autenticados para demostrar que nuestras mentes no pueden estar plenamente contenidas en el tiempo Uno. Así, pues, tomemos un antiguo ejemplo de sueño precognoscitivo, sueño relacionado con un acontecimiento histórico, y veamos lo que podemos hacer del mismo en función de más tiempos que Uno.

Tres meses antes de que Napoleón invadiese Rusia, la esposa del general Toutschkoff tuvo un sueño que se repitió por segunda y luego por tercera vez en una sola noche. En ese sueño, ella estaba en una posada que no había visto nunca, en una ciudad que no conocía, y su padre entró en la estancia, llevando de la mano a su hijito, para decirle con la voz estrangulada que su felicidad había concluido, porque su marido había caído en Borodino. Se despertó llena de aflicción, despertó a su esposo y le preguntó dónde estaba Borodino. Pero, cuando consultaron el mapa, no pudieron dar con aquel nombre. (La batalla tomó su nombre del de una oscura aldea.) Después de librarse aquella batalla, todo sucedió como en los tres sueños: la esposa del general Toutschkoff se encontró en la misma estancia de la misma posada de aquella misma ciudad, y su padre entró con su hijito para anunciarle que su marido había muerto en Borodino, donde mandaba el ejército de reserva.

Siguiendo aquí más o menos a Dunne, podemos decir que el yo soñante de la condesa Toutschkoff, en el tiempo Dos, reveló lo que le sucedería en el tiempo Uno. Aunque la esposa de un soldado pueda estar siempre obsesionada por el temor de que su marido pueda resultar muerto en batalla, hay que descartar de sus tres sueños toda coincidencia, porque lo que sucedió fue idéntico en muchos pormenores y porque el nombre que después se dio a la batalla era desconocido para ella a la sazón. Si ninguna parte de su mente podía escapar del tiempo Uno, entonces todo el asunto resulta inexplicable.

Otro orden de Tiempo, al que podemos llamar tiempo Dos, nos ofrece al menos una



Arriba, la batalla de Borodino, 1812, según el pintor francés barón Louis Lejeune (1775-1848), la batalla en la cual murió el esposo de la condesa Toutschkoff, según previó esta en un sueño. Borodino (en el mapa, a la izquierda, de las posiciones rusas durante la batalla) es una pequeña aldea, situada a unos 113 kilómetros de Moscú. Pero no estaba señalada en ninguno de los mapas de la condesa.